



Capítulo 4. Los primeros pasos de una obra.

El año de 1683 comenzó ya con firmes perspectivas. En Enero se le juntaron otros maestros jóvenes, al menos cinco, entre los que estaba Gabriel Drolin. Compró una casa en Rethel para los maestros de la escuela, que eran dos. Algunos de los maestros venidos, a medida que fueron cogiendo confianza, comenzaron a dar muestras de inquietud por su futuro. Una idea sorprendente para los demás, pero lógica para él, asaltó su cabeza. Poco a poco se le fue ocurriendo dejar la canongía y acaso sus bienes familiares. El motivo estaba en las críticas que sus maestros le hacían en baja voz, y que alguno



San Juan Bautista de La Salle

HECHOS Y GESTOS DE UN MENSAJERO

más atrevido, o más sincero, le comunicó abiertamente. Decían que él era canónigo y rico; que tenía asegurada la vida, si las escuelas fallaban; que no tendría problemas al llegar a la ancianidad. Pero que ellos eran pobres y sólo vivían de las escuelas; y su porvenir no estaba claro.

Juan Bautista se acordó de Barré: Sus palabras eran “Sólo Dios, sólo la Providencia. He ahí la fortaleza ... He ahí el porvenir”. Se persuadió de que los maestros tenían razón. La diferencia social provocaba distancias: él era sacerdote rico, ellos eran maestros pobres. Sincero y noble como era, tuvo que aceptar la realidad. Consultó de nuevo con Barré, por carta, y con su director espiritual actual, el sacerdote Santiago Caillou, Director del Seminario de la ciudad. La primera reacción del segundo fue negativa. Barré hablaba otro lenguaje y lo vio bien. Como hombre más espiritual intuyó la calidad espiritual del joven sacerdote que le consultaba.

El plan se precisó y la decisión se tomó tras jornadas de intensa oración. Viajó a París para hablar con el Arzobispo de Reims, Monseñor Le Tellier, que es quien debía autorizar

la renuncia a la canonjía. Visitó al P. Barré y al párroco de San Sulpicio, Sr. de La Barmondière, su antiguo Director espiritual del Seminario. Sin duda consultó con sus hermanos Juan Luis, que estudia teología en San Sulpicio, y Santiago José, que era ya agustino en la ciudad. Al primero le explicó por qué no le iba a dejar a él la canonjía. Al segundo le pidió plegarias y solidaridad. Es casi seguro que, para tomar la decisión, se desentendió de su hermana María y de Juan Maillefer, su cuñado. Los dos no se habían portado bien en el juicio emprendido contra él como tutor para imponer judicialmente la venta de los bienes patrimoniales del padre.

El Arzobispo se resistió, pero, al fin, le concedió un malhumorado consentimiento. “Que haga lo que le venga en gana”, parece que dijo. En Julio tomó la decisión final. La renuncia quedó firmada el 16 de Agosto de 1683. Vivía con él y se dedicaba a ayudar y alimentar a seminaristas pobres el sacerdote Faubert. En él hizo la renuncia.

Con la renuncia a la canonjía, asumió y maduró la decisión de renunciar a sus bienes patrimoniales y quedarse en una pobreza digna y voluntaria, que muy pocos entendieron y aprobaron entre sus amigos y familiares. Al final del año, vivía con los maestros de la pensión que ellos cobraban y tenía sus bienes dispuestos para repartirse entre los pobres.

En Abril tuvo un encuentro con el Duque de Mazarino, en cuyo territorio estaban dos escuelas, para asegurar la subsistencia de las escuelas de Rethel y de Guisa, que atendían a sus gentes. El Duque era piadoso y hacía lo posible por realizar obras buenas en beneficio de los habitantes de su señorío. Pero tenía frecuentes cambios de humor. Con él convenía dejar las cosas bien claras y por escrito.

Con la renuncia a la canonjía la cercanía con los maestros se acrecentó. Pero Juan Bautista seguía siendo rico con sus bienes. La idea de renunciar a sus posesiones familiares efectivamente estaba tomada y había que ejecutarla. Barré le había convencido de que el dinero no lo destinara a fundar las escuelas: “Si se apoya la obra en el propio dinero desaparecerá. Si sólo se apoyan en Dios, las escuelas quedarán aseguradas y durarán para siempre”. Eran muchos los bienes. Pero también era muy elevado el sentido de equidad, de justicia y de prudencia de Juan Bautista. Renunció en sus hermanos los bienes inmuebles compartidos. Cedió a algunos de ellos más que a otros según los consideró más o menos favorecidos por la fortuna. Y todo lo que le quedó de dinero y

de bienes personales convertibles en dinero lo consideró desde ese momento posesión de los desheredados.

La ocasión de deshacerse sin excesivo ruido de ese dinero llegó a comienzos de 1684. El invierno era cruel. La indigencia, que ya era general, se incrementó con el frío. El hambre asolaba la ciudad y provoca muchas muertes. Las colas de mendigos a las puertas de las parroquias eran interminables. Todo Reims era un asilo desguarnecido.

Las críticas y las protestas de sus familiares, a medida que fueron trascendiendo sus “despilfarros de caridad”, aumentaron, pero no alteraron su actitud. Algunos maestros le ayudaron a repartir los grandes lotes de alimentos a los demandantes. Prácticamente, repartió su patrimonio en pocos meses.

Sólo se quedó un dinero que le produjera una renta de 200 libras anuales. Era la condición impuesta por su Director espiritual, que le indicó que un sacerdote, por dignidad, no puede quedar en la miseria para no tener que acudir a mendigar. Lo entendió así y lo asumió, aunque no fuese es su primera intención.

En su familia, los sobrinos seguían aumentando. Hasta diez le dio su hermana Maria, ocho vinieron de su hermano Pedro y cuatro vendrían más tarde de su otro hermano Juan Remigio. Fueron 22 en total, 12 mujeres y diez varones. Ocho de ellos fueron sacerdotes o religiosos. Siempre fue con ellos cordial, igual que lo fue con sus hermanos y tíos. Pero siempre sintió que la otra familia que Dios la había deparado, la de los maestros, debía ser prioritaria en su tiempo y en sus afectos. El cuarto de los hijos de María, que un día sería su biógrafo desde el monasterio benedictino en el que ingresó, nació el 6 de Agosto.

La vida con los maestros de las escuelas fue lentamente cobrando dimensiones de comunidad apostólica y religiosa, aunque todavía en ese momento Juan Bautista no tenía claro lo que iba resultar. En Septiembre de 1684 reunió a los maestros en Asamblea. Trazaron de común acuerdo los primeros reglamentos de las escuelas. Algunos maestros más, esta vez de elevado valor como docentes, se juntaron al grupo para dirigir las escuelas. Los mismos maestros decidieron llamarse Hermanos y aceptaron el reglamento de vida que Juan Bautista les ofreció.

Fue este año de 1684 el de la consolidación y de la fundación formal de su Instituto, en forma de comunidad de vida y con perspectiva de ser más

que seculares. Se determinó vestir un hábito no clerical, pero diferente del que llevaban los maestros seculares. Como signo de solidaridad, y acaso como sello de autenticidad en el Fundador, en el otoño de este año, terminó de distribuir todo lo que le quedaba de sus bienes entre las víctimas del hambre atroz que se mantenía en todo el reino.

En 1685, Nyel, que estaba en Guisa, se retiró de las escuelas para marchar a Ruan. Entendió que su misión de pionero había terminado y que su sueño de fundar escuelas se había cumplido con creces. Había visto como evolucionaban los maestros de Reims y le pareció que esa no era su vida. Le pidió a Juan Bautista que se encargara personalmente de las escuelas de Guisa y Laon, en las que él todavía trabaja. Alegó en carta a La Salle motivos de cansancio. Juan Bautista comprendió que, si él fallaba también, aquellas escuelas de ambas localidades se hundirían. Se sintió más atado que nunca a la obra y se responsabilizó con sus maestros ya Hermanos de ambas casas.

Es el momento en que uno de los ya Hermanos de Reims sintió que es demasiado lo que se le pedía y abandonó también el puesto. El mismo Juan Bautista tuvo que encargarse de la clase, a falta de otro preparado y disponible. Fue en un aula de la escuela de Santiago, causando admiración en sus propios maestros y comentarios y maledicencias en la ciudad entera. Sus admiradores decían. “Hasta un doctor en teología da clase a los niños”. Sus críticos también decían lo mismo. “Intolerable que todo un doctor en teología se rebaje a dar clase a los chiquillos pobres de la escuela”. Los rumores continuaron durante las semanas en que el piadoso ex-canónigo estuvo ejerciendo aquella tarea.

Fue también entonces cuando surgió el primer proyecto fracasado de iniciar una escuela de maestros rurales. Se firmó un compromiso con el Duque Mazarino el 20 de Agosto de 1685 y, de nuevo, el 22 de Septiembre, para hacerla realidad. El proyecto se vino abajo, al retractarse el Duque al cabo de pocos días. Alguien le dijo que era una locura. Y el Duque no estaba para malgastar sus recursos en proyectos descabellados. ¡Tal se pensaba que era una escuela de maestros bien preparados para las aldeas y poblados rurales!

Al fallar la escuela de maestros en los territorios del Duque Mazarino, Juan Bautista quiso hacerla en Reims. Él daba una gran importancia a los maestros, pero no quería mandar en solitario a ninguno de los suyos, porque sabía que la fuerza estaba en la solidaridad del grupo. Desde Septiembre ensayó el establecimiento

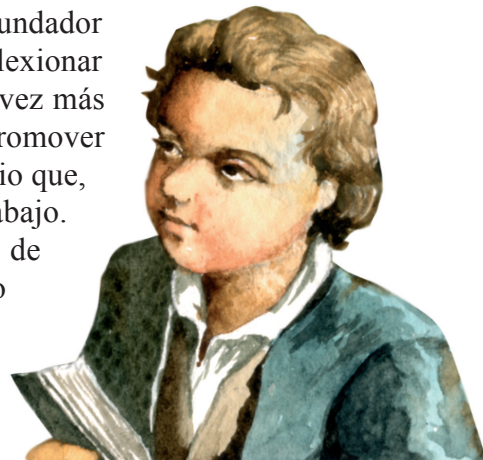


para un grupo de jóvenes que irían a trabajar aisladamente, como maestros rurales, en las aldeas. Para albergar a los que solicitaban ese oficio compró por Navidad una casa en la Calle Nueva, pero tardó todavía un año en cumplir su deseo. Las escuelas de maestros van a ser la gran obsesión de su vida y van a ser también su gran cruz. Las escuelas de niños que fue fundando en vida (58 abrió) siempre triunfaron. En las de maestros no tuvo tanta suerte: cuatro inició y funcionaron algún tiempo; otras tantas intentó abrir y siempre fracasaron, ante su resignación y su frase proverbial: “Bendito sea Dios”.

El Instituto siguió creciendo. Los maestros iban adquiriendo el espíritu religioso y cada vez iban mejor. El 23 de Mayo de 1686 tuvo una interesante y provechosa reunión con todos en forma de Asamblea, a pesar de estar en pleno curso. Hubo un retiro predicado por Juan Bautista y luego reuniones para tratar de las normas que debía seguir en las diversas comunidades. Luego tuvo lugar la emisión de un voto trienal de obediencia, voto privado que probablemente fue sugerido por el Fundador y aceptado con alegría por los reunidos. Desde ese día, 9 de Junio de 1686, el día de la Santísima Trinidad será la fiesta elegida en el Instituto para la emisión de votos. Resultó emotiva la peregrinación que hicieron para terminar los días de reuniones, en silencio y rezando, a Nuestra Señora de Liesse, un santuario cercano al que el Fundador tenía singular devoción.

Mientras estaban reunidos, el 31 de Mayo, fallecía en París el Padre Barré, que fue la estrella luminosa que marcó el sendero providencialista de Juan de La Salle y que un día del siglo XX sería llevado a los altares por el Papa Juan Pablo II (Beatificado el 7 de Marzo de 1999). Sus iniciativas apostólicas con la fundación del Instituto de las Hermanas del Niño Jesús, su fracaso con los maestros, a quienes no logró formar en familia religiosa y, sobre todo, su espíritu de fe y su amor a la Providencia, fueron con toda seguridad la palanca que lanzaron a La Salle a su aventura fundadora.

En Septiembre, el mismo Fundador hizo un retiro en Louviers para reflexionar sobre la obra en la que se hallaba cada vez más comprometido. Vio claro que debía promover en plenitud las escuelas. Pero también vio que, si él fallaba, las escuelas se vendrían abajo. Pensó que sería buena cosa que uno de los Hermanos fuera el Superior, como



pasaba con las Hermanas del Niño Jesús, y que con ello se mantendrían, pasara lo que pasara. De entonces es probablemente el documento personal que citaba el biógrafo Blain, “Reglas que me he impuesto”.

En ese documento se decía: “Es buena norma de conducta no hacer distinción entre los negocios del propio estado y el problema de la salvación... Miraré siempre el trabajo por mi salvación y el establecimiento y guía de nuestra Comunidad como la “obra de Dios” y diré a menudo con el profeta Habacuc: “Domine, opus tuum”.... Debo esperar siempre las órdenes de la Providencia para actuar”.



A la vuelta del retiro, hecho durante más de un mes en el desierto carmelitano del sur de Ruan, viajó rápidamente a Laon, pues había recibido la noticia de que los dos Hermanos de allí habían caído muy enfermos. Uno de ellos, el Hermano Nicolás, falleció antes de su llegada. El otro, Nicolás Drolin, se repuso pronto. Pasado el peligro, regresó a Reims con el Hermano Enrique L'Heureux, que había ido a buscarle.

Cuando llegaron, comenzó de inmediato, sin acostarse a descansar, después de toda la noche de viaje a pie, una reunión con los Hermanos, que estaban reunidos ya para el retiro al que les había convocado. Intentó persuadirles de las conclusiones que traía de su prolongado período de oración y reflexión. Y les pidió pura y llanamente que por el bien del Instituto eligieran un Superior que fuera Hermano. Vencida la repugnancia general, logró que designaran al Hermano Enrique L'Heureux, que tenía entonces 24 años. Fue él el primero en darle muestras de reverencia y de obediencia.

Pero nombrar superior a un laico habiendo en el grupo un sacerdote era algo inconcebible. Pronto trascendió la noticia y el Arzobispo de Reims ordenó que reasumiera el mando inmediatamente, porque no aceptaba que un laico dirigiera a una comunidad como la de los maestros de las escuelas. El Hermano Enrique, elegido contra su gusto, se llenó de gozo; la Salle se resignó.

El Instituto siguió su camino. Juan Bautista se preocupó ante todo de buscar y preparar nuevos maestros para las obras que ya preveía que le iban a demandar. Se le presentó alguno, pero eran tan jóvenes que no podía considerarlos maduros para dirigir un aula. Tampoco podría despedirlos, sin más. Desde Septiembre organizó ya un grupo de aspirantes jóvenes, al que llamó “Noviciado Menor”.

En 1687 inició, por fin, su ansiada obra: un Seminario de maestros en el mismo Reims. Comenzó el año con veinticinco jóvenes en formación, que enviaban las parroquias. Estaban sostenidos por los párrocos que luego los iban a recibir como maestros preparados para sus escuelas parroquiales. Cuando la pensión no llegaba, el mismo la completaba y, aunque la vida resultaba ser de pobres, el espíritu que les infundía era de privilegiados. En la casa de la Calle Nueva vivían unas cincuenta personas, entre Hermanos, novicios y maestros. Había comida para todos.

Este año piensa ya en salir de Reims y dirigirse a París. Su hermano Juan Luis, que seguía estudiando en el Seminario de San Sulpicio, insistió ante

el Párroco de la iglesia del mismo nombre para que la obra escolar que su hermano sacerdote había iniciado en Reims pudiera venir a la capital. La hora de la expansión había llegado.

El 31 de Mayo fallecía en Ruán Adrián Nyel. Cuando recibió la noticia, La Salle celebró un funeral solemne por el difunto.

La mente de La Salle se abría cada vez más por encima de la Diócesis propia. En Octubre recibió ya la llamada formal del párroco de San Sulpicio, de París, quien le proponía un compromiso serio. Decidió ir a Paris, a pesar de que el Arzobispo de Reims le prometió especial protección para las escuelas, si no dejaba la Diócesis. Juan Bautista tenía una visión ya clara de lo que podía ser su obra, si no se limitaba a una Diócesis y se abría a toda la Iglesia.

En Octubre el Hermano Enrique L'Heureux comenzó a estudiar Teología en el seminario para ordenarse sacerdote y poder ser el Director de la Comunidad sin problemas ni rechazos, como ocurriera el año anterior. Juan Bautista había visto este como el mejor camino para poder él desentenderse del gobierno. Posiblemente pensara que sería uno solo quien se ordenaría entre los Hermanos, porque parece que tuvo siempre bien claro que la enseñanza de la aulas exigía una dedicación total y las funciones sacerdotales no se avenían mucho con esa entrega.

El 21 de Febrero de 1688 llegó la hora de ir a París. Salió con dos Hermanos hábiles en trabajos hacia la capital del Reino. Llegaron andando y rezando el día 24. De inmediato se hicieron cargo de los niños de la escuela de la Calle Princesa. El Abate Compagnon, encargado parroquial anterior, quedaba como Director responsable, pero un tanto receloso ante las habilidades de los recién llegados. Las cosas no fueron bien. El taller de la escuela, que era de tejidos y aportaba algún beneficio con las ventas de lo producido, absorbía a los doscientos escolares que asistían. El desorden del taller, regido por un maestro tejedor llamado Rafrod, anulaba la labor académica de los Hermanos, que se impacientaron pronto.

Al fin Compagnon, molesto con la situación, se apartó del cargo. La escuela comenzó a funcionar mejor, pero el taller a producir menos. Compagnon sembró la cizaña y el Párroco La Barmondière estuvo a punto de despedir a los nuevos maestros ante las críticas y calumnias que se extendieron.

Los Hermanos se hicieron cargo del taller, después de que uno de ellos aprendió el oficio, pagando un sueldo al maestro anterior. Se ganaron el prestigio y la aprobación de todos en pocas semanas. La escuela entera comenzó a caminar a la perfección. Con todo, ninguno de los pioneros de esta empresa parisina quedará en el Instituto. Pronto se retiraron ambos, acaso deslumbrados por la vida mundana de París. En Diciembre del año siguiente, 1689, La Barmondière fue sustituido por el nuevo Párroco, Baudrand, que había sido director espiritual de La Salle estando en San Sulpicio.

